

---

---

## PREFACIO DEL AUTOR.

---

NAPOLEON ha sido el objeto de los estudios de mi vida desde el 18 de brumario. Desde entonces concebí el designio de representar en un cuadro fiel á ese hombre tan imprevisto y tan nuevo en la historia. Bajo el consulado y bajo el imperio, me esmeré en recoger y poner en orden numerosos documentos. Tenia formado un conjunto de todos los elementos que componen una fama tan extraordinaria, y ya estaba escrita y acabada parte de la historia del Emperador; pero la extension y las dificultades de la empresa, comparadas con mis fuerzas, me iban desanimando gradualmente. En esta disposicion de espíritu, mi propia imaginacion creaba obstáculos cuya resistencia invencible era mas una fantasma de esta imaginacion, que una realidad. El exámen de la

vida de Napoleon, decia yo hablando conmigo mismo, deja dominar tres grandes caractéres, el exceso del ingenio, el de la fortuna y el de la desgracia. El escritor, sea quien fuere, debe temblar al mirar estas proporciones colosales. Pero, adoptando esta idea que me apartaba de mi primer proyecto como de un peligro insuperable, olvidaba que mi objeto era mas bien referir la carrera de Napoleon, que no medir la altura del gigante de la guerra, de la política y del gobierno; y que si iba aflojando en esta última tentativa, el público entero supliria mi insuficiencia con sus recuerdos. Otra objeccion del temor detenia todavía mi pluma. Contemporáneo de Napoleon, espectador de su reinado, honrado con alguna confianza bajo su gobierno, consternado con el triunfo de los extrangeros, no menos enemigos de la Francia que del Emperador; profundamente afligido con los tormentos de este Prometeo de la gloria, temia estar aun demasiado conmovido por lo que habia visto levan-

tarse, brillar y desaparecer, y no poder formar un juicio desinteresado sobre las maravillas del período de veinte y cinco años, que empieza con la batalla de Montenote y acaba con la larga y cruel agonía de Santa-Helena.

Pero hubiera debido conocer que los escrúpulos de la buena fe, que no me abandonarían nunca en el discurso de mi obra, serían mis preservativos contra los errores de la pasión; y que por otra parte, aunque, sin quererlo, me dejase arrastrar algunas veces, la calidad de testigo, en lugar de los inconvenientes que me atormentaban, tenía inmensas ventajas. En efecto, el escritor que ha visto los hechos que refiere, que ha recibido de ellos unas impresiones inevitables, que ha podido comparar, como lo he hecho, estas impresiones con las manifestaciones del júbilo, del temor ó de las esperanzas de un pueblo cuyos destinos estaban en manos de un hombre, tiene en el corazón profundos recuerdos, delante de los ojos imágenes fieles, y en el espíritu los juicios de

todo el mundo, en el momento mismo del acontecimiento. Como pintor tiene en sí la verdadera fisonomía de los hombres y de las cosas, y como historiador su papel se limita muchas veces al de relator exacto, aunque parezca manifestar solamente su opinion personal. Estos, sin duda, son elementos muy preciosos de verdad, cuya existencia no puede suplirse ó compensarse con el talento, por eminente que sea. Así es que los motivos que me hacian interrumpir una empresa que me habia ocupado tanto tiempo, no tenian la fuerza que yo creia. Con todo, me dejé llevar de su influencia y me limité á dar el cuadro político y militar de la campaña de 1813. La acogida lisongera que esta produccion recibió del público, chocado sin duda por las revelaciones nuevas que contenia, volvió á animarme y me inspiró un vivo deseo de volver al inmenso objeto de mis continuas meditaciones. Sin embargo, estaba titubeando todavía, cuando una circunstancia desvaneció todas mis dudas.

Supe muy de antemano, y los diarios me recordaron despues, que sir Walter Scott habia emprendido escribir la vida de Napoleon. Como las Cartas de Pablo, publicadas en el año de 1822, no contenian sino un tejido de ultrajes y de calumnias contra el ejército, los Franceses y el Emperador, cobré un invencible deseo de presentarme, al mismo tiempo que nuestro enemigo, ante el tribunal de los contemporáneos con una historia del grande hombre que ocupa el siglo actual como ocupará los siglos venideros. Quise oponer la verdad á la pasion, impugnar las suposiciones del ódio con la elocuencia de los hechos; pero confieso que estaba muy lejos de prever que mi obra habia de ser á cada paso la refutacion indispensable y perpetua de las ignorancias, de los errores, de las mentiras y de las injusticias del romancero ingles. Jamas hubiera podido imaginar olvido semejante de los deberes los mas sagrados, en un escritor que tomaba el título de historiador á la faz de la Europa. Sea lo que

fuere, el sentimiento que me inspiraba la resolución de impugnar á sir Walter Scott, no me dejó calcular los peligros que acometia, entrando en la lid contra un hombre cargado de tantas palmas literarias. Hice como el soldado frances á quien el amor á la patria no permitia contar sus enemigos en 1814. Confieso tambien que, acaso por un momento, estaba incierto de si convenia á un Frances alzar el guante de un adversario tan inicuo y tan desleal en la relacion de la batalla de Waterloo; pero me decidí de repente, volviendo á leer en el *Memorial de Santa-Helena* (TOM. III, páginas 239, 240, 241): « Al cabo, » dijo Napoleon que acababa de hojear la coleccion voluminosa de Goldsmith, « al cabo, por mucho » que quiten, que supriman ó mutilen, muy » difícil será que lo quiten todo. Un historiador » frances tendrá por fin que escribir el período » del imperio, y si tiene valor será preciso » que me restituya algo; déme solamente » lo que me pertenece y su tarea será fácil;

» pues los hechos hablan, brillan como el sol.  
 » He cerrado el abismo anárquico y des-  
 » sembrado el caos. He quitado á la revo-  
 » lucion sus manchas, he ennoblecido á los  
 » pueblos y asegurado á los reyes. He exci-  
 » tado todas las emulaciones, premiado todos  
 » los meritos y dilatado los límites de la gloria!  
 » Todo esto es algo! y, ¿en qué se me puede  
 » atacar que un historiador no pueda defen-  
 » derme? ¿En mis intenciones? no faltan mo-  
 » tivos de absolverme. ¿Mi despotismo? pero  
 » podrá probar facilmente que la dictadura  
 » era absolutamente necesaria. ¿Se dirá que he  
 » puesto trabas á la libertad? contestará que  
 » la licencia, la anarquía, los grandes desór-  
 » denes estaban todavía á nuestras puertas.  
 » ¿Se me acusará de haber tenido demasiada  
 » aficion á la guerra? pero probará que siem-  
 » pre he sido atacado; ¿de haber querido es-  
 » tablecer la monarquía universal? pero hará  
 » ver que fue el resultado imprevisto de las  
 » circunstancias y que nuestros enemigos mis-

» mos me llevaban á ella paso á paso. En fin  
 » hablará de mi ambicion! Ah sin duda la ha-  
 » llará en mi y muy grande; pero la mas ele-  
 » vada, la mas inmensa que acaso pudo exis-  
 » tir en ningun tiempo! la de establecer, de  
 » consagrar en fin el imperio de la razon, y  
 » el pleno ejercicio, el goce entero de todas  
 » las facultades humanas! Bajo este aspecto,  
 » podrá ser que el historiador tenga que sen-  
 » tir que semejante ambicion no haya sido  
 » cumplida y satisfecha!..... »

Desde aquel momento volví á entrar en la carrera con la resolucion firme de recorrerla hasta el cabo, y me dediqué enteramente á la misma empresa que antes me causaba tanto espanto. Presento al público el fruto de mis antiguos trabajos y de mis nuevos esfuerzos. He aquí lo que decia de Napoleon en el prefacio de la Cartera de 1813.

« Napoleon es mas bien un hombre de Plutarco que no un héroe moderno. Apareció como un ser de una naturaleza única, enme-

dio de una civilizacion que le era contraria. Ha sido prisionero de esta civilizacion, pero prisionero muchas veces irritado contra sus trabas. ¿Qué ha producido esta contrariedad en la que le encadenaban las costumbres de una sociedad envejecida? No pudiendo destruirla, porque el tiempo solo puede obrar semejante mudanza, se apoderó de estas costumbres; y para adaptarlas á su propia naturaleza, tuvo que llevarlas hasta el exceso, bajo cualquiera forma que se le hayan presentado, sea en la carrera de las armas, sea en la carrera del poder; pero al mismo tiempo las dió un gran carácter con el influjo de sus leyes civiles, y con la regularidad de su majestuosa administracion.

» Estas son las fases de la vida del hombre que nos ha gobernado.

» La toma de Tolon le anuncia al ejército; el cañon de vendemiario le anuncia á la Francia; los trofeos de Italia le anuncian á la Europa; la conquista de Egipto le anuncia al mundo. Vuelve armado con las costumbres militares

contra las costumbres políticas de la Francia. El 18 brumario, rompe las tablas de la ley republicana y se pone en pie sobre el altar de la patria. Allí reina en nombre de la libertad y cubre la Francia con monumentos de su ingenio. En medio de estos monumentos, se levanta el código inmortal de nuestras leyes civiles. Pero Napoleon mira el continente y no halla sino un enemigo, á la vez implacable é invulnerable, la Inglaterra. Terrible descubrimiento para los Franceses, pues los sentencia á estar siempre armados para sostener esta lucha, este duelo á muerte. Se contemplará demasiado débil siendo unicamente el mandatario del poder creado por él mismo, y querrá reinar en su propio nombre. Error inmenso que deja estupefactos á la Europa y al mundo! Derriba el consulado del mismo modo que ha derribado el Directorio; entonces se hace voluntariamente cautivo de las costumbres. Se hace rey! Toca con su cetro á los mas fogosos ciudadanos y los convierte en cortesanos. Pero

no es bastante; esta metamórfosis debe herir tambien las repúblicas que él mismo ha creado, y todas se mudan en reinos. No basta aun; rompe su matrimonio con una ciudadana, y la hija de los Césares entra en su lecho. Ya es heredero de las costumbres reales, ya es soberano absoluto. Pero el despotismo le da una brillante inspiracion; quiere que la Francia no necesite de nada ni de nadie de afuera, y la Francia civil acaba la conquista de todas las industrias, con mas rapidez que ha acabado la de los Estados coligados contra él. Luego concibe el vasto proyecto de restaurar y volver á construir la antigua autoridad real de Europa, salvada de una disolucion republicana con su advenimiento. Lo prueba quitando la corona á reyes antiguos, y coronando á reyes nuevos. Pone sobre la cabeza del débil José la corona de las Españas y de las Indias, y las puertas de Madrid caen en su presencia. Allí, los hados y la Inglaterra han marcado su pérdida. Tambien se abalanza desde allí

al corazón de la Rusia para ir á dar otra batalla de Wagram á esa inevitable Inglaterra; y á ochocientas leguas de su capital, en la metrópoli incendiada de un imperio del Asia, se atreve á aguardar que se le traygan las llaves del Polo! Los hombres no han podido oponerse á su marcha triunfal; la naturaleza sola queda para defender la independencia del Norte. Esta vence á Napoleon que cede á una ley inexorable. Cede y no huye. En esta retirada delante de los Escitas, él se retira como un Escita, hiriendo siempre á sus enemigos. Polotzk, Malojarslawetz, Wiazma, Krasnoe han conocido los valientes de Moscou, y el Beresina queda inmortalizado! En fin vuelve á Paris, diciendo: « Ahí estoy solo, que la » Francia se levante todavía! » y la Francia como si hubiera oído el vencedor de Friedland da su último ejército. Cada soldado lleva el crespon de luto y el laurel. El luto es para Moscou; el laurel para las tres victorias de Sajonia. Después de la primera, Napoleon ofrece

la paz; después de la tercera, la propone todavía y se deja alucinar por un armisticio que da tiempo á la Inglaterra para unir toda la Europa contra él. Se reúne el congreso de Praga también pedido por él; pero los aliados le truecan en tribunal militar que sentencia Napoleon á perecer las armas en la mano. Una victoria sola no puede salvarle, pero una sola batalla perdida debe acabar con él, y la pierde en Leipsick, en parte por traicion. Todos los habitantes del otro lado del Rhin le persiguen en el centro del suelo frances; con cincuenta mil hombres, sujeta todavía á las discusiones de un congreso el millon de hombres que le rodean. Pero el viento de Praga sopla en Châtillon y Napoleon experimenta nuevas traiciones!... Cae; queda desterrado, y va á reinar sobre la isla de Elba! Un año después se presenta con ochocientos soldados que han presenciado las jornadas de Marengo, Austerlitz, Iena, Wagram, Friedland y Moscou. Desde Cannes hasta Leon marcha en